

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
 NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 1.º DE NOVIEMBRE DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
 NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: CALLE DE ATOCHA, NÚM. 59, BAJO: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

El jueves se verificó la traslación de los restos del célebre humanista D. Félix José Reinoso, que van á ocupar digno y respetado lugar en el cementerio de la Universidad de Sevilla.

Con este motivo, parece que los ilustres muertos que existen empaquetados en San Francisco celebran animadas conferencias para ponerse de acuerdo y tomar una determinación. El Sr. Ruiz Zorrilla empieza á pensar que no estuvo muy feliz con su proyectado Panteon Nacional, y sueña que dichos muertos se levantan para pedirle cuentas de su obra.

Pero los sueños no pasan de sueños, y solo en las casas de juego siguen levantándose muertos.

Mientras que en Madrid seguimos honrando á los muertos, en las provincias continúan destrozándose los vivos.

La *Gaceta*, á pesar de su tradicional laconismo, nos habla frecuentemente de encuentros, y lleva una estadística minuciosa de los muertos, heridos y prisioneros de las facciones.

De vez en cuando se aumenta el catálogo mortuario con los nombres de algunos infelices, fusilados por los carlistas, que para eso se pintan solos.

También han hecho notables adelantos en la destrucción de las vías férreas y telegráficas: es una de las especialidades en que más se distinguen.



—¿Y á qué fin, preguntarán los lectores, hablarnos tanto de los muertos?

—Porque es el asunto del día: las costumbres madrileñas exigen consagrar la tarde de hoy á los difuntos, y la noche á comer buñuelos. Yo no he logrado comprender todavía la relación que existe entre un cementerio y una buñolería, como no comprendo el fundamento que tenga la costumbre de representar hoy en los teatros el *Don Juan Tenorio*. Verdad es que en uno de los actos de esta obra el teatro representa un cementerio; verdad es asimismo que asistiendo á ciertos y determinados teatros en que se hace la obra de Zorrilla no se echarán de menos los buñuelos.

Tributemos, pues, un recuerdo á nuestros difuntos, comamos unos cuantos buñuelos al estilo de Andalucía y volvamos al mundo de los vivos.



Ayer tarde ocurrió un suceso que pudo tener consecuencias desagradables, en uno de los cementerios

PÍLADES Y ORESTES.

CUENTO ORIGINAL

L. S. DE BARRAMEDA.

(Continuación.)

—¡Vea Vd. á mí! ¡A mí, que me crió la perra dos lobatos, que he visto á un mulo de seis años aquejarse con un gallo inglés, y á un jabato de la sierra con un monillo del peñón! Cano estoy yo de ver cosas tan grandes, y ojalá que no supiera tanto. Por eso tú, Cristóbal, has de entender, que cuanto te digo del *potrillo* es cierto. ¿No has visto tú en los hombres y mujeres cosas parecidas? Aquel por un amigo, esta por un novio ó tal, no están dispuestos hasta á entregar la vida antes que dar su brazo á torcer. Pues lo mismo, Cristóbal, son los animales, aunque parezca mala comparación.

Tan ardiente discurso dejó mudo á Cristóbal, en tanto que el buen viejo proseguía de esta manera:

—Sí, Cristobilla, hijo mio; hás de saber que estos de casa hablan y se entienden como las criaturas. Yo no sé lo que se dicen al oído, pero que se dicen algo, á la vista está. Por ejemplo, ese perro es un tuno; pues bien, el día que se marcha de facción el *potrillo* sabe que lleva para rato, y va sin el espolique á todas partes, dejándose conducir con una seda. ¿Quién se lo ha prevenido? El otro sin duda.—Pues

de Madrid. Al tiempo de cerrar sus puertas el guarda, notó que una sombra se deslizaba junto á él, pretendiendo escaparse. La sujetó con algun trabajo, y dió voces pidiendo auxilio y diciendo que se escapaban los muertos.

Averiguado el caso, resultó que aquella sombra era un maestro de escuela, de los que cobraron su última paga en tiempo de la monarquía de D. Amadeo.

Aquel desdichado, ya que no podía observar la costumbre madrileña de comer buñuelos, se consolaba visitando los cementerios, y esta noche se colará en los teatros para ver si D. Juan Tenorio, creyéndole también muerto, le convida á cenar como á la estatua del Comendador.



Yo no quisiera decirlo á Vds.; pero corren voces siniestras. Hay quien supone que los radicales vuelven al poder... esto parece broma; pero en caso de serlo es una broma de muy mal género.

No creo que los actuales ministros sean los mejores del mundo ni mucho menos; pero ante el riesgo de una situación radical, me declaro resueltamente conservador.

Si los radicales volvieran, sin escrúpulo podríamos encargar una caja grandísima á *La Funeraria* y en el año próximo, al visitar los cementerios, encontraríamos fácilmente una lápida con la siguiente inscripción: *¡Aquí yacen las esperanzas de la patria!*

UNAS CARTAS NOTABLES.

Del excelente periódico consagrado á la enseñanza, *El Magisterio Español*, copiamos este artículo de fondo, sobre el cual llamamos toda la atención de nuestros lectores; no queremos tributar elogios al escrito de Teodoro Guerrero, tanto porque no los necesita cuanto porque son más elocuentes que nuestras palabras las del Sr. Ruiz Salazar.

Hé aquí el artículo:

«Lugar preferente en nuestro periódico merece la bien escrita carta que nos dirige nuestro amigo el renombrado escritor Sr. D. Teodoro Guerrero. Es de tal importancia el asunto de que trata y encierra tan grande interés en esta época para el porvenir de la enseñanza, que nos consideramos sumamente favorecidos por el Sr. Guerrero al excitarnos á que redoblemos nuestros esfuerzos en favor de la educación religiosa por medio de su notabilísima carta, que indudablemente ha de llamar la atención.

que estuviera Tralla, como hace unos días, *trincao* en el corral ó encerrado más lejos, en el lavadero; vieras entonces cantar distinto. No es que yo suponga que tienen el diablo en el cuerpo los animales, no; pero supongo, y no sin algun fundamento, que tienen un alma, si nó tan buena como la de un cristiano, mejor al menos que la de todo inglés protestante ó judío de los que nos desuelan en Gibraltar. He observado estas cosas y otras mil que callo por si vuelve la moda de la Inquisición, como dice el tío Leznas.

Chapin siempre dirá lo justo y lo medido: no ha de cogerle nadie el pelo con unas tenazas. Sé lo que sé como ya he dicho, y ojalá que no supiera tanto; que si abriera la boca, viejos y mozos, chicos y grandes os habiais de quedar *patidifusos*. Mas el que quiera saber que afine el ojo, cada cual á su oficio ó váyase á estudiar á Salamanca.

Tal fué el discurso del tío Chapin.

IV.

Ahora nosotros concienzudos cronistas venimos á la rectificación en nombre de Tralla. «Por ejemplo; ese perro es un tuno.» Injuriosa alusión fué la del tío Chapin, que no puede pasar sin otra historia á manera de réplica.

Hé aquí su origen:

Vivia en la vecindad de Rafael, dos puertas más abajo dos puertas más arriba, cierto viejo piloto reti-

CORREO INTERIOR.

Cartas privadas.

Sr. D. Emilio Ruiz Salazar.

«Mi buen amigo: Cuatro horas hace que estoy deseando escribir á Vd. para buscar en la comunicación de los afectos la tranquilidad de mi espíritu, y no he satisfecho materialmente mi deseo por no haber podido disponer de las manos para trasladar al papel mis pensamientos. ¿Se sorprende Vd. de lo que parece una disculpa ridícula? Pues voy á dar explicación que encontrará Vd. cumplida; de las cuatro horas, dos han estado mis manos sujetando las sienes como si quisieran detener mi razón que pretendía escaparse, y cuando pude dominar la impresión, mis manos se corrieron á cubrir los ojos, que estaban escaldados, y no por las lágrimas, sino por la vergüenza. Grave ha debido ser la crisis que atravesase para producir tan notable trastorno, y quiero que juzgue Vd. por sí mismo con su sano criterio y con su excelente corazón; el correo interior, ese chismosillo de vecindad, que no sirve más que para proporcionar disgustos con las papeletas de entierro, que nos sorprenden á la hora de comer anunciándonos que en el mundo hay un *cadáver más*, me trajo esta mañana una carta que á la legua trascendía á mujer por su perfume almizcoso. ¿Qué hay de comun entre una carta femenina y un periódico que consagra sus tareas al profesorado? va Vd. á preguntarme. ¡Ay, amigo mio! Todo en la vida está relacionado, porque hay un engaste precioso que une las voluntades y los pensamientos: ¡el alma! Dije que la carta era de una mujer, y me equivoqué: la carta era de una madre; y como comentarla sería robar á Vd. el efecto de su sorpresa y el primer arranque de su indignación, se la remito para que juzgue de la verdad del espanto que se apoderó de mí.»

Hé aquí la carta:

«Dispense Vd., amigo mio, que me permita distraer su ocupada atención: pero creo que voy á volverme loca, y necesito del poderoso auxilio de un hombre de ley, de un hombre honrado, para que me dé un consejo; en este momento no sé discurrir: no sé más que temblar. Un año hace que mi hijo Alberto, de once años, ingresó en el colegio de... y ayer, aniversario de su abuelo, le llamé á rezar por el alma del difunto; el niño marcó en sus labios una sonrisa intencionada, que me heló la sangre en las venas; con un sobresalto instintivo le ordené que rezara el Credo, y me contestó:—«Se me ha olvidado; en mi colegio no enseñan la doctrina. ¿Para qué sirve eso?»—La explosión de mi alma se marcó en mis ojos, y el niño echó á correr huyendo de su madre.

«Quedéme un instante sobrecogida; pero recobrando las fuerzas, entré en el despacho de mi marido; éste, en vez de levantarse airado, con la misma sonrisa de Alberto me dijo:—«Tranquilízate, y no des importancia á esa pequeñez. El siglo no permite imposiciones; cuando nuestro hijo llegue á la edad de la razón, escogerá la religión que le parezca mejor.»—¡Ah! todo mi ser se paralizó y salí del despacho con la muerte en el corazón. Mi marido es el jefe de la familia, y no

rado llamado D. Severo, hombre mal encarado si los hay, tirano á bordo, tirano en tierra, ceñudo en todas partes y con el rebenque en la mano por un quitame allá esas pajas.

Este tal D. Severo pasaba por muy rico, y hacía ya muchos años que habitaba en X, pero á pesar del *sen-cillo* espionaje de los pueblos, nadie pudo entender de qué modo y manera colocaba sus fondos.

Quién le suponía propietario de minas en América, quién poseedor de títulos del 3 por 100, quién usurero en sociedad con un judío de Gibraltar, quién por último, avaro guardador de tesoros fabulosos en cuya contemplación se deleitaba por las noches, y que encerraba con catorce llaves dentro de arcas que á su vez se envolvían en doble ó triple misterio dentro de las cisternas de su jardín.

Esta era la leyenda más admitida. En cuanto á bienes positivos, no se le conocían más que su gran casa cerca de la de Rafael, como ya hemos dicho, y con vuelta á la esquina.

Allí habitaba todo el año invariablemente.

Esto era todo.

Ah, no, quedaba lo más interesante.

Tenia por toda servidumbre un viejo marinero, cojo, y por único amor una perra de aguas.

Pero no una perra de aguas vulgar, mestiza, sucia, basta, descarada y rodavalles como su dueño. Bien al contrario.

(Se continuará.)

puedo oponerme á sus órdenes; pero he nacido católica. ese niño es mi hijo, y no quiero ver de nuevo en sus labios esa sonrisa de desden que le cierra las puertas del cielo. ¿Qué cuentas voy á dar á Dios de la pérdida de ese hijo de mis entrañas? ¿Qué debo hacer? Envíeme Vd. un consejo, porque, lo repito, voy á volverme loca, y pido á ese Dios tan bueno que ó ilumine á mi marido, ó prive de la existencia á una pobre madre que no tiene fuerzas ni derecho para luchar.»

¿Qué habia de contestar á esa carta tan noble? Dejé correr la pluma, y escribí sólo las siguientes líneas:

«La carta de Vd., amiga mía, aunque presenta una cuestión sencillísima, me ha robado algunas horas; hay cuestiones que están ya resueltas, y sobre las que no cabe discusión; obre Vd. con arreglo á su conciencia, que la conciencia de una madre, apoyada por el impulso del corazón, nunca se equivoca; yo no puedo aconsejar á Vd. ni como hombre de ley, ni como hombre de sociedad, porque el hogar doméstico es sagrado; pero en este particular, el padre se sobrepone á la sociedad y á la ley, y no debe callar; si ante la lamentable exigencia de su esposo es Vd. débil (y á una madre no es permitido serlo), por conservar la paz de un día, cerrará Vd. á su hijo las puertas del porvenir, y faltando á sus ojos la luz de la fé le precipitará mañana en el abismo de la incredulidad. Juzgue Vd. por su espanto de hoy del que sentirá en día no lejano, cuando ese niño hecho hombre, olvidado de los preceptos de la sagrada religión, se agite entre las convulsiones del infortunio, sin que le detenga el freno del santo temor de Dios, y sin acariciar el dulce sueño de esperar las sublimes bienaventuranzas. ¡Valor!...»

Ahí van las cartas, amigo Salazar, con la sana intención de que un día y otro, sin tréguas ni descansos, aprovechando la merecida influencia que en el profesorado alcanza su excelente periódico, levante Vd. de nuevo la voz contra esos establecimientos de enseñanza donde se niegan á iniciar á los niños en los grandes secretos de la religión, que no solo les abren las puertas del cielo, como dice muy bien esa desventurada madre, sino que les abren también las puertas de la sociedad, que ha de cerrarlas siempre á todo hombre que camine á ciegas por los senderos de la vida, llenos de precipicios, que solo enseñan á salvarlos el conocimiento de las virtudes y las prácticas del bien, principios encerrados en las doctrinas del Salvador del mundo.

El árbol que crece sin que lo guíe la mano experimentada, crecerá torcido y sus ramas se llenarán de fruto pernicioso; el maestro cristiano llevará al niño por buen camino. De esos colegios saldrán hombres sábios, pero más perjudicial será su sabiduría, porque la imaginación, desarrollada en el cultivo de las ciencias, ha de ir más lejos en su desbordamiento. Las corrientes de la revolución quieren destruirlo todo; pero ¡por Dios! que respeten las creencias de nuestros abuelos, que nos inculcaron nuestros padres, y no traten de arrollarlas por seguir la influencia de la época, que no otra debe ser la causa de esos trastornos; la obra de diez y nueve siglos no se destruye por la voluntad de los hombres; el Cristianismo es imperecedero. El agua de un pozo, revuelta por el sacudimiento de un terremoto, saca á la superficie el cieno del fondo; pero el tiempo, que todo lo nivela, vuelve á hundirlo, y al fin se purifica el agua. Es preciso que estas ideas de libros creencias se hundan, y para ello debemos predicar con la fé del misionero; insista Vd. en combatir esa moda de suprimir la doctrina cristiana en la educación de la infancia, y Dios y los padres agradecerán á Vd. el servicio.

Su apasionado amigo,

TEODORO GUERRERO.

Madrid 25 de Octubre de 1874.

Repetidas veces hemos defendido la enseñanza religiosa; y cuando atropelladamente se quería que desapareciera de las escuelas, nos esforzamos en combatir tan descabellados propósitos en una larga serie de artículos.

Nos encuentra, pues, nuestro amigo el Sr. Guerrero muy dispuesto á sostener en la educación los buenos principios. Sin la enseñanza de la religión falta á la instrucción de la niñez su base firmísima, y cuando no hay cimientos, la más sólida construcción se derrumba al menor impulso.

Sin las creencias del Cristianismo es la vida martirio insupportable, y el hombre un esclavo de sus pasiones, que vé concluir sus días entre las ruinas de sus propias obras; el Sr. Guerrero lo ha dicho en uno de los preciosos consejos de su libro *Lecciones de mundo*, joya para la instrucción de la niñez que rebosa amor á los niños, experiencia en los hombres, y una fé cristiana que dá al alma un bienestar de consoladora paz. Dice así el Sr. Guerrero:

«La antorcha del Cristianismo
Te presta luz y te ayuda;
Ten fé y valor; el que duda
Renegará de sí mismo.
La creencia es la verdad
Que en tu corazón se anida;
La religión es la vida
Alma de la sociedad.»

Damos, pues, gracias á nuestro amigo el Sr. Guerrero, apóstol de la familia, por sus *Cartas privadas*, con

cuya publicación nos honramos hoy, y las recomendamos á nuestros lectores, que de seguro las verán con suma complacencia.

EMILIO RUIZ DE SALAZAR

CARTAS DE MISS DY.

SÉTIMA.

Trabajos misteriosos.—Una cláusula que falta y otra que sobra.—El carácter ruso.—Felipe II y Pedro I.—Dos víctimas y ningún verdugo.—Los autos de fé y las degollaciones.—Entre la muerte y el destierro.—Comparaciones.

Moscú 20 de Agosto.

Voy á ocuparme de lo que someramente indiqué á usted en mi anterior. Cuando nos encontramos reunidos después del baile, recayó la conversación sobre el tema que hoy absorbe la opinión pública y se comenta en todos los tonos por la prensa de Rusia: algunos diarios hasta lo señalan marcando su camino como un acontecimiento todavía misterioso, pero muy próximo á estallar en la superficie.

Trátase de esa monstruosa sociedad de locos y holgazanes llamada *Internacional*, cuyos trabajos se vienen preparando sigilosamente en Rusia, en su prurito de conmover el organismo social de todas las naciones para entronizar simplemente el caos.

—Si embargo, decía Mr. Roch, no hay que aceptar las cosas por impresiones del momento; mucho hay en la *Internacional* que se presta á la censura, pero preside sus bases un sentimiento humanitario y grande, digno también de aplauso: las ideas tropiezan siempre con escollos, y solo el tiempo y la reflexión pueden desarrollarlas. ¿Conoceis esa sociedad, Enrique?

—Sí, querido Roch, conozco sus divisiones y algo he leído sobre las bases.

—¿Y no creéis que tengo razón?

—Efectivamente, Roch, sino que en el bello y generoso programa de la *Internacional*, encuentro que le sobra una cláusula y que le falta otra.

—Cuáles, preguntamos todos.

—Le sobra el instinto y la pasión del hombre, y le falta por completo el sentido común.

—Discutid con formalidad, Enrique.

—Os he contestado con formalidad, Roch, en cuanto á lo que se deduce de sus teorías; si queréis que os conteste con formalidad también en cuanto á los hechos prácticos, añadiré que los entiendo por un enjambre de absurdos sin resolver, y otro enjambre de crímenes sin corregir.

—Siento decir que ni los unos ni los otros serán tan absurdos cuando se prestan de continuo al análisis y controversia de la prensa, y sobre todo de los periódicos serios.

—Con lo cual no me convenceis, porque á la prensa van muchas cuestiones absurdas, pero por lo que toca á la *Internacional*, yo observo en la prensa una tendencia general; la de combatirla, como se discutiría el medio de combatir una manada de tigres que asomasen por las fronteras.

—Pero no me negareis el que hay muchos periódicos que la defienden.

—La *Lanterne de Rochefort*, por ejemplo, pero dejemos este asunto, querido Roch, vos sois un hombre juicioso, un hombre honrado, y no puedo creer que aplaudais de buena fé el pillaje y la holgazanería de una institución que se propone vivir como las plantas parásitas enroscada al cuello de la actual sociedad.

—Bueno, dejemos el asunto, Enrique, porque después de todo la *Internacional* existe y vivirá.

—¿Por qué?, porque halaga las pasiones del hombre tal vez?

—No, sino por su propia fuerza.

—No lo dudo, Roch, pero el día no muy lejano en que el trabajador honrado y prudente se convenza de que la *Internacional* es su mayor enemigo, entonces vivirá eternamente, porque promoverá una suscripción con que fundar un manicomio en donde encerrarla para estudio de los naturalistas, como se estudian hoy los Megaterios.

—Bravo, bravo, Sr. Velazquez, exclamó mi padre.

—Ya lo ois, Roch, estais en minoría: variemos de tema.

—Como gustéis, Enrique, ¿y qué os parece Moscú?

—Que no hay aquel ruido, aquel tumulto, aquel movimiento de las grandes poblaciones que detienen al viajero asombrado, pero en cambio es indudable que se encuentra mucho para marearlo, como el centro del comercio, de la literatura y del arte.

—Lo preferís á San Petersburgo?

—Cada cosa en su lugar, querido Roch: San Petersburgo es la cabeza, concentra en sí el pensamiento político de Rusia, y en Moscú encuentro el corazón.

—Efectivamente, exclamó mi padre, el Sr. Velazquez ha emitido un juicio muy exacto. El tipo arquitectónico, por ejemplo, que predomina en estas basílicas está tan elevado, que sorprende por el atrevimiento de sus formas, y como yo creo que el arte es algo más que una imitación pasiva de la naturaleza, hay que convenir en que en este conjunto de iglesias se vé la naturaleza unida al alma humana espiritualizando la materia, y dando cuerpo al pensamiento, al genio moscovita desde la antigüedad hasta nuestros días. Moscú, amigos míos, caracteriza para mí la expresión, las creencias y las doctrinas de este país, y nada es más elocuente que las obras del arte de tantos siglos como aquí se ven apiñadas; por eso repito, que en estas obras veo palpablemente las formas plásticas y las creencias que se producen en el seno de esta nación; me extendo hasta creer que para estudiar á Rusia basta detenerse en Moscú.

—Y del carácter de sus habitantes, qué deducís, Roch?

—Deduzco que el ruso ha sufrido una transformación radical desde Pedro el Grande; el carácter es afable, es cariñoso y es sincero.

—Tengo la desgracia, de que á medida que aumenta mi amistad hacia vos, aumenta la distancia que nos separa en opiniones; pienso á la inversa: para mí el

carácter ruso, bajo una falsa modestia, oculta siempre un orgullo nacional más violento que racional.

—Lo propio que sucede á otros países, sin exceptuar á los españoles.

—Bien se conoce, Roch, que sois holandés y respiráis por la herida.

—Que no excluye el fundamento de mi creencia; pero vos seréis demasiado justo para no presumir que debamos estar muy agradecidos á los antiguos españoles.

—Teneis razón, Roch, no lo niego: en vuestro país se cometieron muchos errores.

—Y crímenes como en ningún otro pueblo.

—No tanto, querido Roch, no tanto: estamos discutiendo en Rusia que es el país de los crímenes y alevosías.

—En fin, unos y otros pertenecen ya á la historia, dije yo.

—En Rusia aun no, si lo permitis.

—¿Cómo que no? ¿Dónde están esos crímenes desde que apareció Pedro el Grande?

—En la historia de Pedro el Grande y en la historia de todos los días.

—Sin embargo, Sr. Velazquez, interrumpió mi padre, si hacemos historia, España ha tenido un Felipe II por ejemplo, á quien se le imputan crímenes inauditos.

—Perdonad, Sr. Fecler, no trato de justificar á Felipe II, cuya política tenebrosa nadie puede aplaudir; aquella era una época de fanatismo religioso, y el fanatismo ha sido siempre planta poco fructífera, pero aun aquella época con sus páginas sangrientas, queda muy por bajo de las sangrientas páginas de Pedro el Grande y sus sucesores.

—Permitidme, Enrique, que os haga observar, que aunque así fuese, hay un punto en la historia de Felipe II, que no admite disculpa, ni admite paralelo: este punto es la muerte del desgraciado hijo de doña María de Portugal, su propio hijo el príncipe D. Carlos.

—En primer lugar, Roch, esta muerte, según el carácter odioso que le queréis atribuir, no está probada en la historia, y, aun admitiéndola como tal, os recordaré á mi vez el envenenamiento de Alejo Petrowisch, hijo de Pedro el Grande.

—Sí; pero existe la notable diferencia de que el czarewicht estaba sentenciado á muerte de antemano por un tribunal competente, y esto atenuaría el crimen que se imputa al padre.

—La sentencia nunca atenuaría el delito del padre.

—Teneis razón, Sr. Velazquez, exclamé á mi vez.

—Concedido; pero los autos de fé de D. Felipe tienen disculpa?

—¿Y la tienen, por ventura, las hecatombes de los Strelitz, donde el monarca Pedro el Grande iba señalando con el dedo las víctimas hasta 5.000, que se degollaron en 48 horas aquí mismo á las puertas de Moscú?

—Pero reconoced las causas que influyeron en esto hecho.

—Reconoced vos antes las que influyeron para los autos de fé.

—No discutamos más este asunto, conviniendo no obstante en que en Rusia se ha desarrollado el derecho moderno con una eficacia sin igual, y sino ved ya desde 1769 abolida en el Código penal la pena de muerte; ¿por qué os reis, Enrique?

—Porque me hace gracia vuestra cita: á la pena de muerte se ha sustituido el destierro y la deportación, y preguntad á cada ruso si no les hubiera convenido más suprimir el destierro y la deportación á cambio de la pena de muerte. ¿Conoceis la vida y condiciones del destierro, Roch?

—Las conozco, Enrique.

—Pues yo no, y desearía oírlas, exclamé.

—Cerca de la Plaza-Roja de esta ciudad, continuó Enrique, hay un edificio sombrío y vetusto, cuyos torreones ostentan de continuo un gallardete amarillo y rojo: este edificio, señorita, es la cárcel central de Moscú; aquí, como en las dos que existen en San Petersburgo, se reúnen los condenados á la deportación y se organizan los convoyes. Antes de partir se clava á los desterrados una cadena á los pies, se les rapa la mitad de la cabeza y se les viste la túnica de los criminales. Unos viajan en carro, otros á pié, y muy pocos en ferro-carril.

—Dispensad, Enrique, solo viajan á pié los altos criminales ó asesinos.

—No estais en lo cierto, Roch; el mariscal Munick fué á pié y arrastrando su cadena: los príncipes Menschikoff y Dolgoroncki fueron á pié: el poeta Ponchikine, autor del *Hudimilla*, Lermontoff, otro poeta no menos ilustre, todos fueron á pié, y excepto el mariscal Munick, que estuvo en el destierro 22 años, todos los demás perecieron en la miseria, en el trabajo y en los castigos. Muchos de ellos mueren de cansancio y de pena antes de llegar á su destino. Cuando llegan á la Siberia se les divide en categorías y parten de nuevo á los puntos fijados de antemano.

—¿Y qué categorías son esas?

—La primera categoría, señorita, comprende los condenados á trabajos forzados, es decir, á la explotación de las minas establecidas en Nertschinsk; estos desgraciados, que á veces ignoran el delito que han cometido, no tienen otro alimento que el pan duro, y los domingos un poco de pescado salado: al amanecer parten para la mina, sin dejar jamás la cadena, y por las noches se les encierra en un recinto fortificado: el látigo y el palo son los argumentos generales por la falta más insignificante.

La segunda categoría, se divide en el trabajo de las fábricas, en las faenas que exigen grandes fuerzas físicas, en la agricultura y otros servicios menos duros, en los que alternan las mujeres desterradas, no exentas de los mismos castigos corporales.

Omito referir detalles, porque nada hay más espantoso que la existencia de un deportado ruso; leed *El Prisionero* de Ponchikine y os estremeceréis.

Hé aquí cómo se ha suprimido en Rusia la pena de muerte.

—Sois intransigente, Enrique.

—Dispensad, soy simplemente justo: España, que á

MEJORAS DE MADRID.



Ministerio de la Guerra.

vuestros ojos es un país algo atrasado, trata á sus hijos como á hombres, no como á bestias. En Inglaterra aún existe el castigo del látigo y la mordaza; en España no se conoce: en Alemania también hay castigos crueles, de que gracias á Dios carecemos en España.

—¿Y los horrores que actualmente se cometen por los defensores de vuestro D. Carlos?

—Dispensad, Roch: D. Carlos ni es español, ni en España se ha criado; si realmente lo fuera amaría más á su nación, y es probable que no autorizase á sangre fría fusilamientos, robos, incendios y destrucciones so pretexto de dar aliento á una guerra fratricida, que

se funda un derecho muy dudoso y muy discutible.

Hé aquí, amigo mio, el resumen de aquella discusión, que como ha hecho el gasto de esta carta, me limito á firmarla y á dar fé.—Dy.

Es traducción.—LUIS RACETI.

UNA Ó DOS PREGUNTAS.

Sr. D. José Gonzalez de Tejada: Leo siempre con gran interés y gusto sus *Revistas de varias cosas*, que

con frecuencia amenazan las columnas de EL CASCABEL, y quisiera que llegase á Vd. con toda su energía el aplauso mental que tributo á su discreción, á su perspicacia, á su viveza de sentimiento y á su dicción siempre pura y de buen gusto. Sería un bien inmenso para Madrid el que cada periódico de gran circulación, como lo es EL CASCABEL, tuviera un revisero de las cosas locales, que constituyéndose en órgano del buen sentido y severo fiscal de todo lo absurdo, pusiese el debido correctivo á todo lo que mereciese corregirse, é hiciese tentarse la ropa á los que dirigen la cosa pública, antes de ultimar y plantear sus decisiones. Sé positivamente que más de un concejal de Madrid lee

con afección sus Revistas de Vd., y más de una vez ha dicho á sus compañeros: «Señores, vamos con tiento, no sea que nos arrime otro palo el revistero de EL CASCABEL.» Conque ánimo, señor revistero, y siento no poderle llamar á Vd. señor concejal de Madrid, pues seguramente prestaría Vd. grandes servicios á la capital de España si perteneciese Vd. al número de sus concejales.

Una de las Revistas que más me han gustado es la del último número de EL CASCABEL. Lo que sobre todo no tiene desperdicio en ella es lo que dice Vd. del nuevo paseo de coches abierto en el Retiro con una obcecación y un desprecio de la opinión pública que carecía de ejemplo en los fastos de la administración municipal madrileña. Veo, sin embargo, que entre las razones que Vd. aduce para condenar el proceder del ayuntamiento de Madrid en este asunto, omite una de las más poderosas y concluyentes, y tengo vivo deseo de saber si aunque Vd. la ha callado, le da Vd. el valor que le doy yo. Cuando por circunstancias extraordinarias la corporación que administra los intereses de un pueblo no representa directamente la voluntad del vecindario y si sólo la del Gobierno, que es quien la ha elegido, lo justo, lo lógico, lo prudente, lo delicado es que aquella corporación limite sus funciones á lo más estricto, indispensable y urgente de la administración, y deje todo lo importante y trascendental para que lo resuelvan corporaciones elegidas por el pueblo, y por tanto legítimas y directa representación de su voluntad y sus intereses. El actual ayuntamiento de Madrid, aunque compuesto de ciudadanos muy honrados, no es fruto de la voluntad del pueblo y si sólo de la voluntad del Gobierno. En este supuesto, ¿no le parece á Vd. que ha hecho malísimamente en resolver y llevar á cabo un asunto de tal gravedad y trascendencia como la apertura del paseo de coches en el Retiro? ¿Y no le parece á Vd. asimismo que hubiera hecho muy bien el público que gasta coche en dar un severo y decoroso voto de censura al ayuntamiento que así ha procedido, absteniéndose de concurrir al susodicho paseo á pesar del espléndido buffet con que le amenizaba el magnífico y liberal duque de Fernán-Núñez?

Como la opinión de Vd. vale tanto en estos asuntos, quisiera yo conocerla, porque si fuese contraria á la que tengo en este caso concreto, me convencería de que me va sucediendo lo que á gran parte de los españoles, cuyo criterio se va volviendo al revés en estos desdichados tiempos de lo de arriba abajo.

Al ver á toda esa aristocracia que blasona de anti-revolucionaria y dice de lo que viene de los revolucionarios algo parecido á lo que decía de lo que venía de los nobles el interlocutor de un drama del señor marqués de Molins, apresurarse á corretear por el paseo abierto por los revolucionarios, recuerdo aquella procesion que terminó entregando á las ratas de San Francisco el Grande los venerandos restos de nuestros hombres ilustres, y era sencillamente un hipócrita medio de propaganda demagógica-revolucionaria. En aquella procesion, que sólo hubiera aparecido justificada en el caso de estar construido el panteon de hombres ilustres, iban haciendo de pendones, más ó menos conscientes, muchos que habían explotado á los reyes recientemente vendidos y proscriptos, y aún blasonaban (por lo bajo para que la parte explotable de la revolucion no lo oyera) de consecuentes y de leales á sus favorecedores.

Conque vamos á ver, Sr. Gonzalez de Tejada, qué piensa Vd. de estas cosas, ya que dice como Quevedo:

«No ha de haber un espíritu valiente?
Siempre se ha de sentir lo que se dice?
Nunca se ha de decir lo que se siente?»

Un madrileño castizo

MEMORIAS DE UN ADOQUIN.

A la sombra de los pinos,
vestido de verde musgo,
en el centro de la sierra
formé yo parte del mundo.
Barrenos de negra pólvora
me dieron extraño impulso.

y volé con mis hermanos,
convertidos en pedruscos.

De un vascongado cantero
labróme el brazo robusto,
y de adoquin en el trage
vine aquí con otros muchos.

Yo pude ser ninfa ó santo,
labrado por diestros puños,
y soy callejera alfombra
de caballos y de mulos.

Mas, aunque el polvo me cubra
ó me vista el lodo súcico,
viendo á muchos que me huellan
tengo mis ratos de júbilo.

Ya me enterece al tocarme
elegante pié menudo;
ya compadezo al incauto
que tras él mueve los suyos.

Seda, encaje y terciopelo
bárrenme á veces con lujo;
del marido que lo paga,
al sostenerle, me burlo.

Si de un camión pesado
bajo las ruedas me hundo,
es por no ver al tendero
que convierte aquello en duros.

Chispas me arrancan de enojo
los piés de extranjeros brutos
que arrastran á alguien en coche,
porque está en huelga el verdugo.

¡Qué de veces, al acento
de engañadores tribunos,
puesto me ví en barricadas,
pedestal de infame orgullo!

Hirióme el ardiente plomo,
y vi, cual riego fecundo,
prometer cosecha rica
sangre de nécios, ilusos.

Yo ví, yo ví cien pigmeos,
de la pólvora entre el humo,
hasta el poder empinarse
en montones de difuntos.

Hijos y mujeres de éstos
me huellan con piés desnudos,
y el que su muerte causara
de raudo coche al columpio.

¡Ah, que tan tristes ejemplos
no quiere ver ciego vulgo,
y nuevas manchas de sangre
laven tal vez las que oculto!

Jornaleros mal contentos
sobre mí devoran juntos,
cuando descansan y comen,
venenosos papeluchos.

Tras de mí, tal vez, un día,
dando esas lecturas fruto,
griten: «Abajo tiranos,»
echándose al cuello el yugo.

Tal, despreciado y hundido,
mis duros días consumo,
y el gas, aunque no me alumbró,
me viste en trage de luto.—

—Así contaba, una noche,
á la luna sus disgustos
un adoquin desvelado,
á las dos y media en punto.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

CASCABELES.

En el teatro de Apolo continúa muy favorecida la entrada de dos realitos.

Los teatros grandes no tienen otro medio de hacer la competencia á los de á real y medio que abaratar sus localidades.

Esto deben hacer todas las empresas.
Sobre que hay poco, poco dinero.

En el Teatro Real se han cantado *La Africana* y *Poliutto* con excelente éxito. La Sra. Fossa va con-

quistando las simpatías del público, á pesar de lo siniestro de su apellido.

También la Sra. Vanda-Miller ha sido muy aplaudida en *La Favorita*. El público favorece mucho este año el Teatro Real.

El drama *Rogue Guinart*, estrenado en el Teatro Español, no gustó á los señores.

Me parece que los señores estuvieron demasiado severos con *Rogue Guinart*, que es una obra que, si bien tiene defectos, también tiene grandes bellezas.

Hay muchos que creen que escribir una comedia ó un drama es cosa baladí.

El actual ministro de Fomento, que es persona muy ilustrada, se manifiesta decidido á que se pague á los maestros de escuela.

Le felicitamos, y si consigue que cese la irritante injusticia de que son víctimas los maestros de escuela, merecerá el aplauso de todas las personas honradas, que aprecian en lo que valen los grandes servicios que hacen á la sociedad los humildes y abandonados maestros de escuela.

El distinguido crítico y académico D. Manuel Cañete menciona con elogio la revista *Los Niños*, en un artículo publicado en *La Ilustración Española*.

Mucho nos honra que personas de tan grande ilustración como el Sr. Cañete, fijen su atención en nuestra querida revista *Los Niños*, que tantos sacrificios nos cuesta, con la triste esperanza de que sean estériles, como lo son todos los que se hacen en este país en favor de la instrucción pública.

Si en lugar de publicar *Los Niños* publicáramos libros como aquel de Suñer contra Dios, ó folletos como los de Roque Bárcia, venderíamos de ellos grandes ediciones. Publicando *Los Niños*, lo que hemos adelantado es gastar todos nuestros pequeños ahorros, y sin embargo todavía no desmayamos, todavía no queremos persuadirnos de que no es este país donde se pueden intentar empresas tan nobles, tan útiles y tan civilizadoras como es la publicación de *Los Niños*.

Desde el domingo acá estoy cantando un *Te Deum* en el fondo de mi corazón, porque el domingo por la tarde ví á Dios hacer un gran milagro, valiéndose para ello de los valerosos guardias municipales. El milagro consistió en hacer que en el Retiro, junto á la casa de fieras, no quedara despachurrada una porción de gente al atravesar el nuevo paseo de coches (que, entre paréntesis, es estrecho, mal sentado y apenas deja espacio á los que tienen el mal gusto de andar á pié viendo cómo otros andan en coche). Una de tres: ó se cierra la casa de fieras, ó se cierra la entrada de coches en el Retiro, ó en el Retiro va á correr mucha sangre. Esto dijo la hiena el domingo con alegría salvaje, y verán Vds. cómo la hiena, que tiene muy buen olfato, se sale con la suya. Por de contado, he prohibido á mis chiquitines ir á solazarse en el Retiro, donde tan seguros y tranquilos se solazaban sus papás cuando eran como ellos, á pesar de la tiranía borbónica.

Con mucho gusto y agradecimiento hemos recibido el primer tomo de la *Historia del comercio de todas las naciones, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, por Mr. Scherer, traducida por los alumnos de la clase de francés establecida en el Ateneo mercantil de Madrid.

No hay para qué encarecer la utilidad de tan precioso libro, que deben poseer cuantos se dedican á la honrosísima carrera del comercio. Lo que sí debemos hacer, es felicitar al ilustrado Ateneo mercantil, que tan bien cumple su misión, enseñando, ilustrando y propagando entre el comercio tan buenos libros.

IMPRENTA DE EL CASCABEL.
calle del Cid, núm. 4. (Recoletos).

A REAL LA LINEA.

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administración: Atocha, núm. 59, bajo.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO.
premiada en la Exposición de Viena

DIRIGIDA POR

DON CARLOS FRONTAURA.

Por un año 40 rs. en Madrid y 50 en provincias.

Administración, Atocha, 59, bajo.

LIBROS.

INTERESANTE A LA ESPORTACION
PARA ULTRAMAR.

Libreros y agentes comerciales.

Cuadernos de caligrafía por el profesor D. Enrique Bover, sexta edición notablemente aumentada; colección de 25 elegantes muestras con excelentes máximas para la juventud en hermosos y variados caracteres de adorno.—Vendense en la librería de Hernando, Arenal 11, y en Barcelona, casa del autor, plaza del Rey, 2, 2.

EL TROVADOR DE MONSERRAT.

Poesías catalanas de D. Víctor Balaguer con la traducción en prosa castellana á la vista.

Puntos de venta: Madrid, librerías de los Sres. L. Lopez, — A. San Martín. M. Murillo. E. Martínez, sucesor del Señor Escribano. A. Durán.—En Barcelona: Librerías de D. E. Puig, Plaza Nueva, Señores Roig, Jaime I, D. José Felix, Zurbano, D. A. Verdaguier, Rambla del Centro, D. J. Llordachs, Plaza de San Sebastián, y para los pedidos deberán dirigirse á dicho Sr. Llordachs.

Precio de la obra con la notable rebaja; los dos tomos veinte reales en toda España.

CUENTOS DE SALON

SE HA PUBLICADO EL TOMO 18 QUE CONTIENE

LA NOVELA

MANO DE ANGEL

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

Cuatro reales en Madrid y cinco en provincias. Atocha, 59, bajo.

MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO
NO MAS CALVAS ÉXITO INFALIBLE
ESPECÍFICO
TRITICOLEUM
INGLÉS
EFICAZ INMEJORABLE

ÚNICO ACEITE VERDAD
para evitar la canicie, hacer crecer el pelo, fortalecer sus raíces y conservarlo con brillantez y hermosura

Precio: 2, 3 y 4 pesetas frasco.

Hay también *Triticoleum* especial para señoras recién paridas.

Se vende en las perfumerías de Peña, Abada, 24;—Villalon, Fuencarral, 29;—Chávary, Plaza de Anton Martín;—Perla hermanos, Príncipe, 5;—Arroyo, Carreras, 43, y en el Gran Bazar de la Unión.—Depósito: calle del Calvario, 5, principal.—MADRID.

MUJERES DEL EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado

LARMIG

Segunda edición aumentada con el precioso canto

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administración de EL CASCABEL, Atocha, 59, bajo

VIAJE CRÍTICO

alrededor

DE LA PUERTA DEL SOL.

POR

M. OSSORIO Y BERNARD.

Véndese al precio de 6 rs. en la Administración de EL CASCABEL, y en todas las librerías.